



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11004

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 12 DE JULIO DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Cassanartín 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA PREPARATORIA MILITAR

JARA, 1, PRINCIPAL

á cargo de los capitanes de Ingenieros y de Artillería

DON SALVADOR NAVARRO Y DON FULGENCIO QUETCUTI

Preparación para todas las carreras del Ejército y Armada

Esta Academia ha ingresado desde su fundación ó sea en 2 años, los alumnos siguientes:

Infantería	Artillería	Ingenieros
D. Joaquín García.	D. Genaro Pérez Conesa.	D. Enrique Rolandi
• José Chacón.	• Francisco Barceló.	
• José Gimeno.	• Juan Izquierdo.	
• José Córdoba López.		
Infantería de Marina		
D. Carlos Coll.		

Clases especiales para la convocatoria de Noviembre. Detalles y reglamentos de 8 á 12 en la Academia.

EL QUE BUSCA

EL MAL POR SÍ...

Ya van esbozando sus pretensiones los yanquis.

Aquellos propósitos humanitarios que mostraban en favor de Cuba, eran una falsedad, una comedia indigna, una careta que encubría sus ambiciones.

Estimularon la rebeldía y la alimentaron dándole cuantos elementos necesitaba para su desarrollo, no para favorecer á los cubanos sino para beneficiar sus propios intereses; y al declararnos después la guerra, no les guió el anhelo de ver á Cuba independiente sino la ambición de anexionársela.

En el proyecto de condiciones de paz que corre por ahí de boca en boca, sin duda con el fin de tantear la opinión para ver como le peta, figuran dos que han de ser, si se incluyen en el tratado que se ajuste en su día, el castigo de los malvados que han puisto á España en la situación que se encuentra.

Dice una de esas condiciones que Cuba pagará la indemnización de

guerra y en tanto que no la pague retendrán los Estados Unidos ciertos puertos.

¿Lo entienden los cubanos? Su aliado y amigo, el pueblo que les indujo á sublevarse y les ayudó en la guerra con España, el que les aconsejó que no aceptaran la autonomía porque él les daría la independencia, el que declaró en el Capitolio á Cuba independiente, rectifica ahora sus promesas y expone su pretensión de retener en garantía una parte del territorio, que le servirá de base para quedarse después con lo demás.

La otra condición se refiere á Filipinas y establece que Luzón pasará á ser de los Estados Unidos.

Por esta parte también se ahoga la independencia de dicha isla y la república de Aguinaldo. Los sueños de ambición del traidor cabe-cilla vienen á tierra y quien sabe si con ellos vendrá también al suelo la desequilibrada cabeza en que fueron engendrados.

¡Terrible castigo para los crimenes que fraguó la ingratitud!

Sedientos de ambición, Aguinaldo y Calixto García esgrimieron en las tinieblas el puñal asesino y desgarraron el seno de la patria con ferocidad increíble; el recuerdo del generoso perdón merced al

cual conservan sus aborrecidas existencias no sacudió sus conciencias malvadas, para acusarles por tan atroz delito y este quedó realizado. Pero no quedará sin expiación. España será sacrificada por los yanquis; pero la cruz del sacrificio, como la del Divino Mártir del Gólgota, se elevará entre otras dos cruces en la que serán sacrificados los que la ultrajaron y ofendieron.

Quien á hierro mata á hierro muere.

GLORIAS NACIONALES

D. Basilio realiza su segunda expedición á Castilla.

12 de Julio de 1836.

Entre los hechos audaces y de temerario arrojo que los hombres de armas han realizado en el transcurso de los tiempos, bien puede citarse como uno de los más salientes y de más resonancia, la correría que por Castilla hizo el cabe-cilla carlista D. Basilio Antonio García, vulgarmente conocido por «D. Basilio», en Julio de 1836.

A las seis de la tarde del 12, llevando de segundo á D. Juan Manuel Balmaseda, salió D. Basilio de Piedramillera con dos batallones, uno de castellanos y otro de navarros, un escuadrón de lanceros mandados por el coronel Osma y un cuadro de oficiales de caballería á las ordenes del brigadier Gutierrez de Quijano.

Tomó por los Arcos, y pasando el río por el vado de Agoncillo, se presentó en Soria el 16, prosiguiendo al anochecer de aquel mismo día la marcha con un refuerzo de 800 reclutas y más de dos compañías de nacionales.

Por Villaverde, San Leonardo y Huerta del Rey, se dirigió á Peñaranda de Duero, donde penetró en la madrugada del 20; y habiendo sabido en esta villa que el general isabelino Azpiroz se hallaba á tres leguas de allí, en Aranda de Duero, púsose inmediatamente en camino con dirección á Riaza, haciendo en aquel día, para alejarse todo lo posible de la columna liberal, una jornada

de nueve leguas sin tomar el más pequeño descanso.

El día 22 llegó á Sepúlveda, y por la tarde se acercó bastante á San Ildefonso, entonces residencia de la Corte, produciendo tanto atrevimiento la alarma consiguiente.

De las cercanías de San Ildefonso retrocedió á Peñafiel, y de aquí á Roa, Tejada y Silos, donde llegó el 26, teniendo la fortuna de sorprender en este último pueblo una columna liberal.

Hasta el 20 de Agosto permaneció en las proximidades de la Huerta del Rey, al abrigo de la sierra, de donde se dirigió á Maranchón para sorprender otra columna enemiga, hecho que llevó á cabo con felicísima fortuna.

Con los reclutamientos realizados á su paso por las poblaciones y con las armas cogidas á los liberales, D. Basilio formó dos batallones y dos escuadrones, con lo cual duplicó las fuerzas que había sacado de Navarra y se hizo respetar de las pequeñas columnas liberales que operaban á su alrededor.

Después de recorrer libremente Tarazona, Borja, Agreda y otras importantes poblaciones, marchó á Riaza, con el propósito de caer sobre una columna enemiga, lo que no pudo ejecutar por haber abandonado ésta el pueblo dos horas antes de la llegada de don Basilio.

Hallándose en Riaza el andaz guerrillero, tuvo algunos disgustos con su segundo, por opinar éste que debían marchar á San Ildefonso para apoderarse de la reina doña Cristina.

Prevaleció el criterio de D. Basilio y los expedicionarios regresaron á la provincia de Soria y de esta se trasladaron á Navarra, sin contratiempo de ningún género y conduciendo un rico botín é importante número de prisioneros.

Maese Rodrigo.

(Prohibida la reproducción.)

CRONICA MADRILEÑA

SUMARIO: Horrible martirio.—Siempre españoles.—No hay degeneración.—Los de siempre.—Buenos ejemplares.

¡Qué encontradas sensaciones hemos experimentado en los pocos días que van transcurridos del mes de Julio!

El dolor que produce el conocimiento de las pérdidas sufridas por los defensores de Santiago de Cuba; el orgullo de ver confesados, por el propio enemigo, el heroísmo, la bravura y pericia de nuestros generales y soldados, la alegría inmensa de saber que la escuadra de Cervera, á pesar de solo componerse de seis barcos, había salido de la bahía de Santiago rompiendo el bloque sostenido por veintidos poderosos buques; la ansiedad en que vivimos por no saber su suerte, y la abrumadora y terrible noticia de su destrucción, han llevado á nuestros espíritus tristezas y alegrías, esperanzas y decepciones, y por fin un dolor inmenso.

Lo ocurrido es tristísimo y de una magnitud terrible. Por esta razón el desasosiego es grande; nos dominan sensaciones que no definimos con facilidad, por que para las generaciones vivientes son por completo nuevas.

¡Y qué fenómeno más hermoso ha venido á ofrecernos la destrucción de la escuadra!

El pueblo, esa masa viril, pura, todo generosidad, amor y nobleza; ese que da la sangre que se pierde en los combates y que se envenena con los miasmas de las maniguas, ciénagas y esterros, lejos de sentir desmayos y arrepentimientos, por que las víctimas sacrificadas llevaban en las venas su sangre, ante la horrenda catástrofe y ante la amenaza de nuevos sacrificios, levántase arrogante, pero sin ademanes de perdonar á los culpables, y da al mundo entero una prueba de lo mucho que vale.

Como los antiguos espartanos, llora la desgracia y se apresta á nuevas luchas.

Los que llaman á España pueblo degenerado y agónico, fíjense en el espíritu que domina entre los heroicos defensores de Santiago y en el de las restantes tropas que pelean en la Gran Antilla. Reparen también en la diligencia y puntualidad con que acuden á la reconcentración los soldados últimamente llamados á filas, y con la mano sobre el corazón digan si los que así obran son seres degenerados, partes de una familia minada por la anemia y el desamor.

Digan, si, que España es un barco castigado á tener malos pilotos y que por esto es muy desgraciado; pero no digan que toda su tripulación se compo-

de algun corpulento abeto, que iba á cegar el cauce cristalizado del torrente.

Un día la nieve caía á grandes copos; reinaba un silencio solemne y aterrador en la naturaleza. Todo estaba blanco; el cielo y la tierra. No sonaba un suspiro de aire, ni el balido de los ganados, ni el pitido lastimero de algun pájaro. Todo parecía estar muerto: Dios y el hombre.

Ana estaba reclinada en la balaustrada de una ventana, y seguía con la vista al través de los cristales aquellos millones de copos, que caían lentamente como los átomos extraños de un mundo pulverizado; su hermano sentado cerca del fuego, miraba maquinalmente el penacho de chispas y de llamas que subían por el cañon de la chimenea.

No se habían dicho una palabra.

De pronto sintió Martin un pequeño grito, volvió la cabeza con rapidez y vió á su hermana pálida y agitada, que hacía esfuerzos para levantarse.

El joven corrió hacia ella asustado.

—¡Que es eso, Ana mía! exclamó acercándose y mirándola con inquietud.

Esta se pasó la mano por la frente, como si pretendiese disimular lo que sentía.

—¡Oh! no tengo nada... ya pasó.

—¡Pero qué ha pasado!

leche como el del Mediterráneo en una madrugada de primavera, y aun se hacían la ilusión de descubrir esos gigantescos titanes de plata que coronan toda la Sierra Nevada. Entonces lo olvidaban todo, entregándose á un delirio embriagador ó una meditación silenciosa; enviaban sus besos y suspiros hacia aquella parte en donde se representaba el suelo bendito en el que se habían recitado en la cuna, y así, absortos, trasportados por medio de la ilusión, gozaban horas enteras. Cuando un pensamiento real los hacía volver en sí, procuraban hablar de sus próximas esperanzas, de sus futuros deseos. Entonces Ana levantaba los ojos al cielo y pedía á Dios con toda la efusión de su alma que su hermano saliese sano y salvo de la próxima campaña, y Martin rogaba que su hermana diese á luz con felicidad la criatura que llevaba en su seno.

Aquellos días immaculados eran fugaces. Las nubes volvían á levantar enseguida sus negras cabezas, é iban borrando en el horizonte las sendas de luz que se forjaban los dos hermanos. Entonces se encerraban en una habitación provista de un hogar ricamente abastecido, allí escuchaban los silbidos del viento, el estrépito de la lluvia y las palpaciones sordas de los montes, desprendiéndose ya de algun peñasco derribado por la mano del tiempo, ya

y que solo pueden servir en el porvenir á los poetas y novelistas.

El médico se sonrió estridentemente, y exclamó:

—Conde, tenéis un talento superior, y sabéis remontaros sobre todos los cálculos posibles. Falta una cosa.

—¿Cuál?

—Que el hermano consienta en admitirme como médico.

—Eso lo hacen las circunstancias; el hermano obedecerá la fuerza imperiosa de estas.

—Entonces confiad en mí.

—Yo siempre confío en el sabio Angelo Ottoni.

—Igual concepto me mereceis, señor conde del Cisne.

Estos dos nombres se confundieron con el estrépito del torrente.

Los dos célebres personajes que acababan de nombrarse mutuamente, se deslizaron de nuevo por los matorrales, y se ocultaron como esos genios malféticos, ó esos vampiros que salen de noche de sus tumbas á devorar víctimas humanas.

El corazón de Ana había sido fiel.

Rugía la tempestad sobre su cabeza.